

EL SÉPTIMO CÍRCULO

MARCHA FUNEBRE EN TRES CLAVES

por
PETER CURTIS



Todo comenzó cuando conoció a Antonia. Richard Curwen se enamoró, salvaje y apasionadamente, y la encantadora Antonia le correspondió. Pero Richard y Antonia estaban sin un centavo. Y demasiado mimados y egoístas para vivir como comunes mortales. Ellos querían lo mejor. Lo mejor de lo mejor. Y entonces Richard se casó con Eloise, la frágil pero adinerada prima de Antonia. El parecido entre Eloise y Antonia era asombroso. De hecho, la mayoría de la gente no podría diferenciarlas. Que era exactamente con lo que contaba Richard.

MARCHA FÚNEBRE EN TRES CLAVES

Peter Curtis

PRIMER MOVIMIENTO

ARREGLO POR EMMA PLUME

En el momento en que leí la carta tuve mi primera sospecha. No diré que entonces sospechase lo sucedido ni la horrorosa verdad. Pero me sentí preocupada y deprimida, y mientras me quitaba los anteojos y los colocaba sobre la carta, me pregunté:

«¿Qué estará tramando ahora? ¿Y cómo le permitió ella escribirme en estos términos?».

A primera vista, la carta, escrita con sus rasgos llenos de soltura y elegancia, era clara y plausible.

Estimada Nanny:

Como usted ve, estamos ya instalados en la nueva casa. La señora ha soportado la mudanza inesperadamente bien, pero está algo cansada y por ello le escribo en su nombre. Mientras usted y Diana veranean, hemos formulado planes para el futuro de nuestra hija.

Dado que la aldea más próxima está demasiado distante de cualquiera de las escuelas a las que Diana podría concurrir, hemos decidido tomarle una institutriz. De cualquier manera, tiene ya edad suficiente como para no requerir los cuidados de una niñera.

Por consiguiente, y con gran pesar nuestro por tener que privarnos de sus servicios, hemos decidido que la separación entre ustedes tenga lugar al terminar las vacaciones. Sería conveniente, pues, tanto pa-

ra Diana como para usted, que no regresase con ella. Diana la quiere mucho, y creemos que el cambio le será más llevadero si coincide con su traslado a una casa nueva, donde hallará muchas cosas que la distraigan durante los primeros días.

La nueva institutriz se hará cargo de la niña el 29 por la mañana, fecha en que terminan las vacaciones.

Saldrá de Londres y llegará a Hunstanton a la una menos cuarto, aproximadamente. Luego de recoger a Diana y despachar el equipaje, ambas harán el viaje a Colchester en el tren de la una y diez, que lleva coche-restaurante, y en el cual podrán almorzar. Le he dado instrucciones minuciosas sobre el viaje y he tratado de arreglarlo todo en forma de ahorrarle cualquier molestia.

La señora desea que Diana no se entere de que la deja definitivamente. Dígale que piensa tomarse unas vacaciones. Nosotros nos encargaremos más tarde de darle la noticia.

Le enviamos su baúl y el cajón negro, además del cheque adjunto, que le rogamos acepte como un pequeño testimonio de nuestra estima. No necesito decirle que si precisa recomendaciones, tendremos el mayor placer en informar al mundo sobre el tesoro que hemos tenido como niñera de nuestra hija.

Finalmente, deseamos darle nuestras gracias por todos sus cuidados y afecto por Diana, especialmente durante su enfermedad.

La señora envía sus afectos, y me pide agregue a los míos sus mejores votos de felicidad.

RICHARD CURWEN

Era una carta cortés, lógica y el cheque de cincuenta libras, un regalo generoso. Además, lo que decía sobre la institutriz era exacto. Diana cumpliría seis años en octubre,

y si bien conocía el alfabeto y sabía contar algo, no podía yo dejar de reconocer mis limitaciones como maestra.

Desde los veinte años estaba con *Miss Eloise*, y le doy este título porque seguía siendo una niña para mí, aun después de su matrimonio con *Mr. Curwen*, siete años atrás. Tenía ella doce años cuando entré en su casa, y yo la cuidé y asistí desde aquel día terrible en que murió su madre y tuvo el primero de aquellos accesos histéricos que ningún médico ni ningún tratamiento habían logrado curar. Desde entonces, muchas veces me había dicho:

—¿Qué haría sin ti, Nanny? No me dejes nunca. ¿Me lo prometes?

Yo, como una insensata, se lo había prometido, cumpliendo hasta ahora la promesa. ¿No llegué a rechazar a Michael O'Hara cuando partió al Canadá y se negó a considerar la alternativa de trabajar en la casa como chófer?

Y últimamente, muchas veces me había dicho *Miss Eloise*.

—Cuando Diana vaya a la escuela, Nanny, te tendré nuevamente para mí sola. ¡Nadie me cuida como tú!

Era la verdad. Es necesario sentir verdadero cariño por una persona para dedicarle la paciencia y habilidad que yo debí desplegar durante aquellos años.

Y he aquí que ahora me veía despedida de la noche a la mañana. Nada se me había dicho antes de salir de *Chimney House* en julio, para pasar las vacaciones del verano junto al mar con *Miss Diana*. ¡Era todo tan repentino! Me desagradan las cosas repentinas.

Mr. Curwen debía ser el instigador de la decisión, pero yo no alcanzaba a imaginar por qué. No era que él tuviese celos de mí. Cuando *Miss Eloise* estaba enferma o con uno de sus ataques, nunca hacía nada por ella. Nunca. Se limitaba a contemplarla fríamente, como si se tratase de una función teatral, y por fin me llamaba. Yo sabía que me detestaba; pero me había detestado durante siete años, sin

hacer nada por despedirme. ¿Cómo pudo persuadir a *Miss Eloise* de que le autorizase a enviar esta carta?

—Aquí hay gato encerrado —me dije.

Miss Diana se acercó y posó la mano sobre mi rodilla.

—¿Es carta de mamá? —preguntó—. ¿Qué dice del burrito?

Con un gesto de aprensión recordé el asno.

—No, querida, no hay carta de mamá, y papá no dice nada del burrito.

Su rostro alegre se nubló y sus labios temblaron, anunciando lágrimas y llanto. Rápidamente añadí:

—Tal vez llegue otra carta más tarde. El cartero viene dos veces por día. ¿Recuerdas?

El asunto del asno había comenzado el día anterior, mientras *Diana* daba su paseo diario por la playa. Ya había cambiado el tiempo y la estación veraniega tocaba a su fin. Había más asnos que niños para cabalgarlos, y ya no teníamos que esperar turno para que *Diana* pasease en su animal favorito, un asno muy pequeño llamado *Bola de Nieve* por su pelaje blanco sucio.

Terminado el paseo la ayudé a descender, y al hacerlo, preguntó al dueño de los asnos:

—*Bola de Nieve* tendrá ahora sus vacaciones, ¿no?

—No, niña. Sus vacaciones son estas. No puedo tener seis animales comiendo gratuitamente todo el invierno. La semana próxima *Bola de Nieve* se dedicará a tirar de un carro de hortalizas.

—¡Pero, es muy pequeño! —dijo *Diana* sonriendo con incredulidad, mientras ofrecía al asno una zanahoria, ritual que se repetía diariamente.

—¡Si viera usted el peso que es capaz de arrastrar un asno pequeñito cuando lo maneja *Ben Meadows*! —comentó el hombre.

Desde aquel momento no tuve tranquilidad. *Miss* Diana, que en muchos aspectos era precoz e imaginativa y tenía la ternura de su madre hacia los animales, decidió que Bola de Nieve estaba condenado irremediablemente a tirar de un carro, y que Ben Meadows, un hombre grande, de aspecto brutal, lo castigaría con un palo. La única solución era adquirir a Bola de Nieve y llevarlo a casa con nosotros.

La idea no me pareció irrealizable. La nueva casa de *Mr.* y *Mrs.* Curwen tenía mucho terreno y estaba próxima al mar. El asno permitiría a Diana realizar paseos mucho más largos que los que hacía habitualmente a pie, y no costaría mucho mantener a un animal tan pequeño. Por otra parte, estaba yo segura de que *Miss* Eloise vería la compra con agrado, pues invariablemente proporcionaba a su hija todo lo que estuviese dentro de lo razonable.

En vista de ello le escribí explicando todo lo relativo al asno y dirigí la mano de Diana en la redacción de un pedido especial. Al poner la dirección se me ocurrió que mi próxima carta sería dirigida a Moat Place en lugar de Chimney House. Personalmente lamentaba el cambio, pues la nueva casa parecía estar muy aislada y demasiado próxima al mar, lo cual me resulta grato solo por poco tiempo y durante el verano. No me atraía la perspectiva de vivir allí en otoño e invierno. Bien, esta preocupación era ahora vana, puesto que nunca viviría en Moat Place.

—¿Crees que mamá se habrá olvidado de Bola de Nieve? —insistió Diana.

—No —repuse. Tu mamá nunca olvida tus deseos. Ya verás que pronto tendremos buenas noticias.

Y en aquel momento estaba segura de que la señora me escribiría. No era posible que me dejase ir sin una palabra. Probablemente, pensé, no había mencionado la compra del asno al señor, deseando mantenerla secreta entre ella y *Miss* Diana. *Mr.* Curwen solo se preocupaba por su propio bienestar y comodidad: esto era lo único que yo tenía contra él. Esto, y sus relaciones con *Miss* Antonia.

Esperamos dos días más sin tener noticias de la señora, si bien mi baúl, que quedara en Chimney House para ser trasladado a Moat Place me fue enviado a la pensión. Cuando lo recibí y solicité a la patrona que lo dejase en la planta baja, quedé mirándolo y sentí que se había roto mi último lazo con *Miss Eloise*. Tal pensamiento y el no saber nada de ella me preocupaban mucho y llegué a preguntarme si la mudanza no le habría sentado mal, o si estaría sufriendo uno de sus ataques. Empero la llegada del baúl me fue útil para ir preparando gradualmente a Diana para nuestra separación. Cuando con su curiosidad habitual me preguntó por qué me había sido enviado, le expliqué que contenía efectos indispensables para mis vacaciones. Aunque le sorprendió saber que me iría sola, afortunadamente tomó la noticia con bastante calma, y me preguntó con quién viajaría ella en tren. Le expliqué que en el futuro tendría una señorita que la cuidaría y le enseñaría a escribir correctamente, a fin de que en las vacaciones siguientes pudiese escribir a su madre sin ayuda. Esta idea le agradó mucho.

En cambio, seguía preocupada por la suerte de Bola de Nieve. El día veintisiete era ya imposible controlarla. Rechazaba los alimentos, insistió en permanecer todo el día junto a los animales, corría tras cada cartero que veía, lloraba por la menor trivialidad y me dio tanto, tanto trabajo como en los peores días de su primera infancia. Por fin, con el objeto de tranquilizarla, fui al correo y envié el siguiente telegrama:

Envíe instrucciones sobre asno. *Miss Diana*
preocupada.

Yo envié el telegrama a la *señora*. La respuesta fue del señor:

Mrs. Curwen en cama agotada. Nada serio.

Como usted desee.

A la luz de los hechos registrados posteriormente, comprendo ahora que las palabras más significativas eran *nada serio*. De sospechar que a *Miss Eloise* le ocurría algo serio, habría corrido a *Moat Place*, aun arriesgando mi despido. Pero en aquel momento el hecho de que estuviese en cama agotada por la mudanza no me pareció extraño. *Miss Eloise* debió acompañarnos a la playa, según yo propusiera. Pero era inútil recriminar a *Mr. Curwen* ahora que estaba despedida.

El telegrama indicaba que *Miss Eloise* no había mencionado el asno a *Mr. Curwen*. No se telegrafía a una niñera, y menos a una niñera despedida, para que decida a su antojo la compra de un asno.

Sin embargo, yo decidí a mi antojo. Prometí a *Miss Diana* que si comía tres rebanadas de pan y manteca con el té, iríamos inmediatamente a comprar el asno. El día que recibí la carta de *Mr. Curwen* había retirado cinco libras del banco para mi pasaje y mis gastos en Londres. En realidad no necesitaba utilizar dicha suma, y siempre podría retirar más dinero una vez allá.

Así pues nos encaminamos al puesto de los asnos y adquirimos a *Bola de Nieve* por la suma de cuatro libras y media, disponiendo que fuese enviado a la estación más próxima a *Moat Place*, *Notham St. Mary*, donde serían abonados los gastos de su transporte. Dispuse asimismo que llegase allí el 29, a fin de que *Mr. Curwen* arreglase su traslado a *Moat Place* en el momento de recibir a *Miss Diana* y a la nueva institutriz. El dueño del animal prometió cumplir fielmente mis instrucciones.

Miss Diana estaba transfigurada de júbilo. No cesaba de rodear con los brazos el cuello del asno, prometiéndole todo lo que puede imaginar una mente infantil en materia de lujo, comodidades y felicidad. Solo en un instante tuve una

sensación de peligro, cuando al alejarnos del lugar Diana dijo:

—¿Y qué pasará con los otros?

Guiñando un ojo al hombre, respondí:

—Los otros van a vivir en un prado muy grande.

—Así es, niña —corroboró él—. Los otros pasarán el invierno pastando.

Pasamos el día siguiente visitando a Bola de Nieve y comprando pequeños regalos para que Diana llevase a su casa. Se aproximaba el momento de la separación y comencé a sentirme muy triste. Había cuidado de Diana desde su nacimiento, y era la niña más angelical del mundo. No conocí a *Miss Eloise* de niña, pues tenía doce años cuando me emplearon como ayudante de la niñera de su hermano menor, muerto de corta edad. Pero siempre me había parecido ver la imagen de *Miss Eloise* niña en la pequeña Diana, y muchas veces me había alegrado secretamente de que no tuviese nada de su padre.

Cualesquiera que fuesen mis sentimientos, era necesario aparentar alegría en presencia de *Miss Diana*, pues ella creía que mis vacaciones serían breves y pronto nos veríamos nuevamente. Casi podría afirmar que el esfuerzo por dominar mi tristeza me hizo mucho bien. El llanto nunca ha solucionado nada, de modo que aunque a veces sentía impulsos de tomar a Diana en mis brazos y llorar sin consuelo, me veía obligada a sonreír y a conversar sobre Bola de Nieve y los buenos momentos que pasaríamos los tres en la nueva casa.

Por fin llegó la víspera de la partida. La bañé por última vez, escuché sus plegarias y permanecí con ella hasta que quedó dormida. Luego comencé a preparar mi equipaje, tarea postergada hasta último momento a fin de distraerme durante las últimas horas. Me sentía cada vez más triste y llena de aprensión. Sin ninguna carta de *Miss Eloise*, llegué a pensar que al cabo de tantos años el señor había logrado por fin volverla contra mí. Tal vez había dicho algo sobre mi

testarudez o mencionado nuevamente mi asunto con Woods, la mucama de comedor.

A pesar de mi resolución de no llorar, algunas lágrimas cayeron sobre la ropa de Diana mientras la colocaba en las valijas. Estaba en esta tarea cuando la patrona llamó a mi puerta para anunciarme que una señorita llamada *Miss Duffield* deseaba verme. No recordaba aquel nombre, y descendí a la planta baja algo intrigada. En la sala donde poco antes había comido con Diana estaba sentada una desconocida, una mujer de unos veintiocho años, con un rostro alegre y sereno y modales muy corteses.

Era la nueva institutriz contratada por *Mr. Curwen* para su hija.

—La verdad es que para recoger a la niña mañana a la una menos cuarto, según instrucciones de *Mr. Curwen*, habría tenido que levantarme muy temprano. Además, tenía interés en recorrer este lugar, donde pasé unas vacaciones inolvidables cuando niña. Por ese motivo decidí venir hoy. ¿No tiene usted inconveniente, verdad? La patrona puede proporcionarme una habitación por esta noche.

—Me alegro mucho de conocerla —dije.

Era la verdad. Me alegraba mucho poder ver bien a la persona que habría de cuidar a mi niña, y tuve gran satisfacción al comprobar que era suficientemente joven como para ser alegre, sin llegar a la frivolidad de una jovencita.

—Quítese el abrigo —le dije—. Seguramente querrá usted cenar. Estaba por sentarme a la mesa en este instante. ¿Quiere acompañarme?

—Con mucho gusto.

Miss Duffield se quitó un elegante abrigo de paño y lo colgó en el respaldo de una silla. Llevaba una blusa muy delicada, y yo siempre afirmo que es posible reconocer a una mujer refinada por sus blusas. No sé por qué, pero nunca he conocido a una mujer grosera con una blusa bonita. Su calzado, sus guantes y su cartera eran también buenos, y en conjunto me impresionó muy favorablemente.

Existe desde tiempos inmemoriales una especie de guerra sorda entre niñeras e institutrices. Por una parte, las niñeras se resisten a entregar sus niños a otra persona, y por la otra las institutrices suelen sentirse algo celosas del afecto y lealtad que guardan los niños hacia sus viejas niñeras. Luego cada una considera a un mismo niño desde un punto de vista distinto. La niñera se esmera porque el niño sea sano; la institutriz desea que aprenda y acredite con ello su competencia como maestra. A veces estos dos objetivos están en conflicto. Hay también un abismo social entre ambas. La mayoría de las niñeras son mujeres sencillas, de clase humilde, sin pretensiones, aunque al decir esto omito a esas jóvenes llenas de diplomas y uniformes que hablan constantemente de vitaminas y de lo mucho que aprendieron en la escuela de puericultura, con el único objeto de enterar a todo el mundo de que han seguido estudios superiores. Las institutrices, en cambio, son con frecuencia jóvenes descaradas y ambiciosas, que temen ser corteses y rebajarse, según sus propios términos, a comer de vez en cuando, en casos de emergencia, con el personal doméstico. En otros casos son señoras venidas a menos, llenas de recuerdos de días más prósperos, que no saben lo suficiente o bien son demasiado soberbias para aceptar un empleo en una escuela, donde, según me dicen, los sueldos son excelentes.

Como no podía dejar de pensar en todo esto, tuve cuidado de preguntar a *Miss Duffield* si no tenía inconveniente en compartir mi mesa, y al principio de la comida traté de guardar el lugar que me correspondía. Pero ella habló incesantemente y parecía tan dispuesta a mostrarse amable, que depuse mi actitud reservada, pues nunca he rechazado un gesto de cordialidad de nadie. Cuando terminamos de comer y nos sentamos a tomar una última taza de té, *Miss Duffield* abrió su cartera y me ofreció un cigarrillo.

Debo decir aquí que después de una taza de té, nada me agrada más que un cigarrillo, si bien invariablemente

tengo una sensación de culpabilidad cuando fumo. Mi hábito de fumar comenzó en circunstancias curiosas. Fue *Miss Eloise* quien me hizo fumar mi primer cigarrillo. A poco de fallecer su padre, cuando todavía vivíamos en Birmingham, *Miss Eloise* sufrió una temporada de insomnio y nerviosismo excesivos. Tenía tendencia a estos trastornos. Un día descubrí con gran horror que ingería habitualmente unas pastillas que hacen dormir pesadamente y despertarse sin ninguna energía. Recuerdo que procedían de Alemania y eran muy tóxicas. La reprendí con la severidad con que solo yo podía hacerlo, y luego, para demostrarle que no era tan incomprensiva, le dije:

—¿Por qué no fuma un cigarrillo de vez en cuando? Muchas señoritas fuman hoy en día, y dicen que es bueno para los nervios. La verdad es que las mujeres de hoy no parecen sufrir tantos ataques de nervios y de histeria como antes.

Y ella, en señal de haberme perdonado, repuso:

—Muy bien, Nanny. Fumaré, siempre que tú me acompañes. Empecemos ahora mismo. Envía a Parkes a comprar cigarrillos.

Al principio tosíamos y nos ahogábamos, sin comprender qué atractivo halla la gente en fumar, pero muy pronto aprendimos. Desde entonces, son muchos los cigarrillos que hemos fumado juntas. Sin embargo, nunca he podido vencer la sensación de estar haciendo algo malo cuando fumo.

Aquella noche acepté uno de los cigarrillos de *Miss Duffield*; como comenzaba a refrescar, encendí la estufa de gas, y acercamos nuestras sillas. El estar sentadas fumando junto al fuego era un incentivo para las confidencias. *Miss Duffield* levantó su falda, dejando ver sus pantorrillas esbeltas, y me dijo:

—Cuénteme usted algo acerca del carácter de Diana. Me ayudará mucho en mi tarea.

En aquel momento sentí que *Miss Duffield* realmente me agradaba. Pocas institutrices habrían hecho este pedido, o siquiera aceptado que una niñera puede conocer algo de un niño, salvo su digestión. Pasé la hora más feliz, desde que recibiera la carta, describiendo las pequeñas modalidades de *Miss Diana*, señalando que nunca se enfurruñaba ni se mostraba fastidiosa sin motivo. Agregué que las palmadas y las reprimendas eran contraproducentes, y por último le relaté cómo un simple resfrío sufrido el invierno anterior se había convertido en una enfermedad de cuidado. Le advertí pues que no debía recargarla de estudios ni preocuparla por ningún motivo, así como tampoco permitirle salir a la intemperie con poco abrigo o con prendas que tuviesen el menor vestigio de humedad. Estas eran las cosas que había anhelado decir a alguien, y nunca creí tener la oportunidad de decirlas a la persona indicada.

Y a cada instante aumentaba mi certeza de que *Miss Duffield* era la persona indicada. No fingía escuchar, sino que prestaba toda su atención, murmurando de vez en cuando:

—¡Qué interesante! Debo recordarlo.

Por fin consideré haberle dicho todo lo necesario. *Miss Duffield* miró el reloj, tomó sus cigarrillos y me ofreció uno.

—¡No, no! —le dije—. ¡Fume uno de los míos!

—¡Qué gustos caros tiene usted! —comentó cuando le ofrecí mi paquete—. Esta es una marca de lujo. ¡Qué aristocrática!

—*Miss Eloise* me costea el vicio —dije—. Siempre lo ha hecho desde que comenzamos a fumar juntas.

—¿Quién es *Miss Eloise*? ¿Una hermana mayor de *Diana*?

—No, es *Mrs. Curwen*, pero como la conozco desde niña, me resulta más natural llamarla así.

Yo no sabía mucha psicología, pero tenía en cambio bastante experiencia de lo que las Escrituras llaman conocimiento de sí mismo como para reconocer mi odio hacia el